

Tela de juicio

Laura E. Asturias

Diario *Siglo Veintiuno* (Guatemala), 21-XI-98

Hay cosas que, a estas alturas, resultan francamente ridículas. Una joven me contaba que visitó al ginecólogo y, ya de salida, éste le dijo, en tono admonitorio: “Y ni se te ocurra usar esas cosas, los tampones, porque no son para muchachitas de tu edad”. La “muchachita”, por cierto, tiene 18 años. Me retorcí por dentro al escucharla, y un poco más cuando continuó el relato: la ginecóloga a quien consultó posteriormente (creyendo que una médica le inspiraría más confianza que el primero) le salió con una sentencia parecida: “No, niña, los tampones son sólo para mujeres casadas”. Y no dijo más.

Qué problema tan grande son para las mujeres esos médicos (y, ya se ve, también las médicas) que no hablan. Y que cuando hablan no son claros ni objetivos. Porque no me vengan con el cuento de que los tampones son malos. De “malos” no tienen nada, como bien lo sabe quien los usa. Entonces, ¿por qué tanta admonición cargada de mitos?

¡Ah, pero por supuesto! No es que esos comprimidos de algodón sean malos. ¡Qué va! Lo malo está en la mente de esos retrógrados “profesionales” que ven en éstos la horrenda posibilidad de que una joven se “lastime”. Dios guarde que algo le pase al sacrosanto himen. No digamos si ocurre sin la acción de un hombre que sea su marido con la bendición de todos los santos del cielo.

El himen (me correré el riesgo de sonar pedante al explicarlo, pero ocurre que algunos, más aún los que andan por ahí dándose las de casanovas, muy “salsa” y sabelotodos, todavía lo confunden con el clítoris) es, ni más ni menos, una membrana que se encuentra en los órganos internos, ahí cerca del útero, y que la mayoría de nosotras traemos “de fábrica”. Puede ser frágil o resistente, muy elástica o no tanto. Y los tamaños de su abertura son tan diversos como diversas somos las mujeres.

Prefiero llamarlo “tela de juicio”, porque eso es. O en eso ha sido convertido desde la Edad Media, quizás aun antes. Pero no mucho antes. Desde esos tiempos, el himen ha sido la vara con que se mide la pureza en las mujeres. Mujer con himen es sinónimo de mujer “decente”. Y una que no lo tiene quizás no sea considerada “mala”, pero todavía no he escuchado a un recién casado contárselo a sus amigos con tanto orgullo como el del soltero que relata sus supuestas múltiples conquistas.

Siempre me ha movido a la reflexión el que los hombres no posean una membranita similar que sirva para cuestionar su decencia, y que a nosotras aún se nos exija presentar la nuestra como “sello de calidad” para merecer su estima y respeto.

A propósito, muchos médicos, a solicitud de padres tan influenciados como ellos por dogmas religiosos, no se tientan el alma para mutilar a un bebé. Invocando la “prevención de infecciones”, les importan un cuerno la indefensión del recién nacido, su imposibilidad de dar consentimiento, así como su derecho a la integridad física cuando no hay razón médica que justifique pasarlo por el bisturí. Si conservar el prepucio fuera motivo de infecciones, serían tantos los europeos que vivirían enfermos.

Paradójicamente, son esos mismos médicos, obedientes a una doctrina que nubla su profesionalismo y les lleva a mutilar membranas masculinas sin el menor empacho, los que aconsejan a las jóvenes no usar tampones para no lastimarse la bendita telita, tan valorada por los códigos sociales. ¡Vaya si no es ésa una forma torcida de ejercer la medicina!